

Unidad 27

- La Palabra como Utensilio

“Dicen los lingüistas que hablar es hacer frases, aunque sean de una palabra. La oración –se afirman- fue antes que la palabra, ‘en el sentido de que las primeras palabras eran oraciones’. Así, cuando el hombre primitivo dice ‘ciervo’ o ‘búfalo’, no lo hace para designar a estos animales, sino para emitir un juicio, como ‘el ciervo viene’ o ‘el búfalo araca’.”

LA PALABRA COMO UTENSILIO

Hemos estudiado hasta aquí múltiples problemas de redacción y estilo. Sin embargo, no nos hemos detenido en el estudio de la palabra como "materia prima" o utensilio del escritor.

Naturalmente no pretendemos agotar el tema, sino dar nuestro personal parecer, seguido de una serie de opiniones autorizadas que refrendan en parte nuestra tesis.

O es buen pintor, no puede serlo -afirman los técnicos en la materia-, quien no sepa manejar los colores, quien se atreva a ignorar las calidades de los pigmentos que utiliza: verde esmeralda, carmín alizarina, azul ultramar, negro de humo...

No es buen arquitecto, no puede serlo -calcula uno-, quien desconozca la calidad de los diversos materiales de construcción, quien ignore cuándo, cómo y dónde ha de utilizar la piedra, el ladrillo o la madera.

Y así el escritor con su materia prima: la palabra. La precisión en el empleo del vocabulario es deber- una de las exigencias fundamentales en el difícil y nunca bien aprendido arte de escribir.

Pero con ser la palabra utensilio indispensable, no se crea por ello, ingenuamente, que se escribe sólo con vocablos, ni que a mayor dominio, a más riqueza de vocabulario, mejor será el escritor. Si así fuera, bastaría con aprenderse de memoria un Diccionario manual para convertirse en artista de la pluma. Pero si hacemos la prueba de contar las voces que integran el Diccionario de la Academia y las que conocemos y utilizamos habitualmente, nos asombrará nuestra indigencia, nuestro mísero léxico.

De ahí la servidumbre y la grandeza del escritor: de serlo a pesar de la escasez de sus medios de expresión. Porque aún en el caso imposible de un hombre que manejara todos o casi todos los vocablos de su idioma, tal hombre-monstruo se encontraría en ocasiones -eterno problema del matiz- en la embarazosa situación de no dar con la palabra exacta que tal o cual frase necesita o exige.

Tampoco el pintor utiliza en su paleta los miles y miles de tonos que la Naturaleza ofrece: los inagotables matices del verde, del rojo o del amarillo. El buen pintor sabe que basta con unos pocos colores bien manejados, con una sabia combinación de los primarios, secundarios, intermedios y complementarios. A base de ellos -doce en total- se puede obtener una infinita gama colorista. No es por ello mejor pintor el de paleta mejor surtida, sino quien más hábilmente combina, mezcla y contrasta a base de unos cuantos tonos fundamentales.

Y como el pigmento no es el cuadro, ni el ladrillo la casa, tampoco el vocablo es el libro. Quiere decirse que no se escribe sólo con palabras, escogiéndolas, una a una, como se escogen las manzanas en el mercado de frutas.

La palabra lo es en la frase

"La palabra -escribe García de Diego, en sus "Lecciones de Lingüística"- no es nada más que en la frase, y en la frase la palabra no tiene su cúmulo de acepciones, sino una sola, y esta sola acepción no es puro valor de la palabra, sino acepción recibida del contexto o polarizada por él."

Tampoco el verde de las hojas del olivo o del álamo es siempre el mismo, sino que depende de su *contexto*, esto es, del aire, de la luz, de la hora -del minuto acaso-, en que esa hoja brilla al sol o no brilla a la sombra. Color huidizo, siempre cambiante, martirio del pintor impresionista que quiera plasmar ese fugaz momento luminoso del paisaje.

"La palabra -sigue García de Diego- elemento de frase, tiene en ella una significación momentánea, determinada por la situación o contexto. La palabra, estrictamente hablando, no tiene significación, sino aptitud de significación. Tal palabra puede recibir las veinte significaciones que el Diccionario le asigna, pero también otras que no le asigna."

Es el problema, por ejemplo, que a todo escritor consciente le plantean los sinónimos. Alguien ha dicho: "los sinónimos están en el Diccionario". La verdad sería más bien lo contrario. "De modo absoluto -escribía Albalat- puede afirmarse que no hay sinónimos. *Pereza, ociosidad, indolencia y holgazanería* tienen sentido diferente".

"El sentido de la palabra -según Marouzeau- no puede ser más que aproximativo, como nuestro propio pensamiento. La lengua es, además, una construcción imperfecta, muy insuficiente para nuestras necesidades; el material de las palabras resulta impotente para expresar todos los aspectos del pensamiento, del sentimiento, de la imaginación. Sin cesar, nuestro vocabulario traiciona por defecto. Y también por exceso".

Un poeta granadino, ha dicho:

"Indiferentes, palabras perdidas. Nadie el acento de su realidad descubre, íntimo. Mudo el secreto de su esencia, como un río, calladas, van hacia el centro de un mar que creará las nubes de su sentir verdadero" (1).

La palabra -precisa Marouzeau- no significa más que lo que en o representa para el que la pronuncia y el que la escucha. ¿Qué significa "lago?" Para un geógrafo, un elemento de la topografía; para un turista, será la evocación de un alto a la orilla del agua; para un pescador, do de un buen día de pesca; para un poeta, acaso no sea más eminiscencia de Lamartine."

Y es que la palabra -como dijera Ortega- implica siempre una transposición, una metáfora.

De ahí que el Diccionario, con toda su riqueza de léxico no sea, a fin de cuentas, más que un cementerio donde yacen las palabras muertas. Y el escritor, un taumaturgo dotado del mágico poder de revivir a esos inertes, de decirles, como a Lázaro, "levántate y anda". Y de mar, transfigurar así, a la momia, en ser vivo que alienta; de con la palabra-cadáver en un ser lleno de vida, de significación y de sentido.

Belleza y magia de las palabras

Dicen los lingüistas que hablar es hacer frases, aunque sean de una sola palabra. La oración -se afirma- fue antes que la palabra, "en el sentido las primeras palabras eran oraciones". Así, cuando el hombre dice "ciervo" o "búfalo", no lo hace para designar a estos animales para emitir un juicio, como "el ciervo viene" o "el búfalo ataca".

Analogamente, el balbuceo del niño que empieza a hablar. Cuando el niño malpronuncia "guagua" o "tate", en realidad está diciéndonos "¿es el perro?" o "¿quiere chocolate?".

Admitida, pues, la tesis de que no se escribe sólo con palabras, sino con frases, forzoso será reconocer que la belleza de un texto escrito no reside en los vocablos aislados, sino en su artística trabazón; depende del modo y sabiduría en utilizarlos; de su empleo más o menos correcto; de su mejor o peor engarce en un trozo literario. La belleza o la profundidad resultan de lo que, sirviéndonos de las palabras como mero vehículo, hagamos sentir o pensar al lector.

La descripción de un paisaje -valga el ejemplo- no es más bella porque utilicemos vocablos más o menos sonoros o "distinguidos", sino porque, al escribir, llevemos al ánimo del lector esa belleza que intentamos plasmar, haciéndole partícipe de la misma. De análogo modo, la calidad estética de un cuadro no depende de los colores empleados por el pintor. Los pigmentos están a disposición de todos los artistas en el comercio, como las palabras están, para uso de todos, en el diccionario.

Se cuenta -y el ejemplo viene a cuento- que el gran Van Gogh pintó un día uno de sus inimitables lienzos con sólo dos pigmentos, los que en aquel momento tenía a mano: polvo de añil y hollín de chimenea. Con tan pobre material hizo una obra de arte.

No hay palabras bellas ni feas

A pesar de lo expuesto (y uno respeta las ajenas opiniones porque no es misión del que esto escribe "sentar cátedra") hay quien cree en la belleza de las palabras por sí mismas.

La voz "cristal", por ejemplo, obtuvo el primer premio en cierto con-

curso organizado por un periódico literario, para decidir por votación cuál era la palabra más bella. Y a "cristal", podríamos añadir por nuestra cuenta otras no menos bellas: "azul", "plata", "nube" y "viento".

Bien está el dato como simple curiosidad literaria, pero desengañémonos a tiempo: no seremos nunca grandes escritores por muchos "cristales" que intercalemos en nuestra prosa. No; no hay palabras bellas ni feas. Lo que importa no es el sonido del vocablo aislado, sino su cadencia dentro de la frase. Incluso palabras que, aisladamente pudieran sonar mal, pierden su disonancia si sabemos rodearlas, enguatarlas, con otros vocablos apropiados, que atenúen el posible mal sonido.

Escribir pendiente sólo de las palabras "bellas" es caer en narcisismo literario; es caer, y ahogarse, en las aguas en que el propio Narciso se contempla.

Ese vocablo que se yergue en la frase por su sola y simple sonoridad, por su rareza de piedra preciosa, es como pincelada color naranja caprichosamente puesta entre el verde sobrio de unas ramas de olivo.

Lo que interesa -al menos en la sana prosa.-, lo que creemos debe interesar al lector, que es para quien se escribe a fin de cuentas, no es la voz más o menos bella por si misma, sino la palabra propia. No es "azul", ni "cristal", ni "brisa", "fuente" o "luna", sino color, transparencia, rumor, luz..., es decir, lo que no puede expresarse con una sola palabra, aunque un vocablo baste a veces.

Poder mágico de las palabras

Lo dicho no significa que desconozcamos voluntariamente el poder mágico de las palabras en poesía -en el dominio del verso-, en el arte dramático o en ciertos momentos de la oratoria.

Poetas, dramaturgos y oradores saben que la palabra es a veces algo más que simple vehículo del pensamiento; que es objeto, no medio; protagonista del contexto, creadora de vivencias. Que es lo que viene a decir Ortega cuando, en su estudio sobre Mirabeau, define a la palabra hablada como "un poco de aire estremecido que, desde la madrugada confusa del Génesis, tiene poder de creación".

Una sola voz, "Sésamo", hacía que se abriera la misteriosa puerta de la cueva de Alí-Babá. Y los indios de Kipling -refiere André Maurois--iban en busca de la "palabra maestra" que les daría autoridad sobre los hombres y las cosas.

Tan mágico es el poder de la palabra que, sin ella, parece como si el hombre fuera incapaz de comprender la Creación del Universo. Así, en el Génesis, no se nos dice que Dios, al pensar el mundo, le diera vida, sino que Dios, al crear, habló: "Y *dijo* Dios: hágase la luz. Y la luz fue hecha."

La pluma del poeta, según Shakespeare, da contorno a las cosas:

"... y a lo etéreo y vacío lo dota de habitáculo y de nombre. "

Nombrar las cosas es un modo de infundirles vida. Es lo que expresa aquella copla de Antonio Machado:

*" Dicen que el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser. "*

"Sólo la poesía -escribió Keats- puede decir sus sueños; sólo con el hechizo de las palabras puede salvar la imaginación de la oscura cadena y el mudo encantamiento."

Y comenta Middleton Murry:

"Cada obra eterna de la literatura no es tanto una victoria del lenguaje, como una victoria sobre el lenguaje: una súbita inyección de percepciones vivificantes en un vocabulario que, de no ser por la energía del literato creador, se hallaría perpetuamente al borde del agotamiento."

Pero el hechizo de las palabras, su magia -no importa repetir el concepto-, no está en ellas mismas, aisladas, desgajadas de la frase o del período. La palabra iluminada es como estrella que, a su luz propia, une la luz recibida de otras estrellas vecinas.

Pretender escribir a base de palabras "bonitas", escogidas, sería tanto como querer un paisaje en donde sólo hubiera cuidadas flores de invernadero.

Y transformar así la obra poética en escaparate de bisutería.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

LA PALABRA Y LOS AUTORES

Escribe Ortega y Gasset en su obra "El hombre y la gente" (cap. XI, "El decir de la gente").

"...En el diccionario las palabras son posibles significaciones, pero no dicen nada... Las palabras no son palabras, sino cuando son dichas por alguien... La significación que el diccionario atribuye a cada vocablo es sólo el esqueleto de sus efectivas significaciones, siempre más distintas o nuevas, que en el fluir nunca quieto, siempre variante del hablar ponen a ese esqueleto la carne de un correcto sentido."

Y, más adelante, afirma Ortega:

"El individuo que quiere decir algo muy suyo y, por lo mismo, nuevo, no encuentra en el decir de la gente, en la lengua, un uso verbal adecuado para enunciarlo. Entonces el individuo inventa una nueva expresión. Si ésta tiene la fortuna de ser repetida por suficiente número de otras personas, es posible que acabe por consolidarse como uso verbal."

"El habla no consiste sólo en palabras, en sonoridades o fonemas. La producción de sonidos inarticulados es sólo un lado del hablar. El otro lado es la gesticulación total del cuerpo humano mientras se expresa... Hablar es gesticular."

"...La palabra no es palabra dentro de la boca del que la pronuncia, sino en el oído del que escucha... la lengua, es ante todo, un hecho acústico."

Noel Clarasó, en artículo sobre el tema que nos ocupa, ha escrito:

"...La capacidad de las palabras para adquirir significados y su incapacidad en asumir un solo significado limpio y mantenerlo, han encendido infinitas polémicas entre escritores, gramáticos y filósofos. ¡Y lo que discutirán! Pues, según se ve, en cosas de lenguaje no tiene razón el que critica, sino el que habla, siempre que con las palabras que usa consiga hacerse entender. Que, a la hora de la verdad, es de lo único que se trata".

LA PALABRA

"El escritor tiene que conocer las palabras, es claro, puesto que ellas son sus instrumentos de trabajo. Pero esto sólo es una parte de la ciencia del lenguaje. Escribir es también un arte, y el gran arte de escribir consiste, probablemente, en dar a entender muchas, muchísimas cosas, a mucha, muchísima gente, con las menos palabras posibles. Y entonces, según el giro y el "tono" que se les dé a esas pocas palabras, ¡cuánto significado se expresa con ellas!..."

García de Diego, en su obra "Lecciones de Lingüística", escribe:

"La palabra no expresa una idea, sino una realidad mediante una idea. Si digo un *tofo*, no quiero expresar la idea, sino la realidad *toro*. La palabra no es, pues, un díptico fónico-ideal, sino un tríptico fónico-ideal-objetivo; esto es el elemento sonoro *toro*, mi idea y el animal toro."

En su obra "Précis de Stylistique française", y al estudiar la estructura morfológica de la palabra, distingue Marouzeau entre palabras *significativas* y *palabras gramaticales*. Y escribe:

"En: *el libro de mi amigo*, las palabras *libro* y *amigo* representan seres u objetos: *cl*, *de*, *mi*, sólo expresan determinaciones o relaciones."

"Los términos de relación -afirma Marouzeau- sólo interesan a nuestro entendimiento; los términos significativos hablan al propio tiempo a nuestra imaginación y a nuestra sensibilidad."

Según Marouzeau las *palabras gramaticales* ocupan poco espacio y pasan inadvertidas en el texto (*el, de, por, si, mas, como...*). Ahora bien, tales palabras cuando abundan excesivamente "parece como si ocuparan un espacio indebido", sobre todo en el verso donde, "por definición el espacio está medido y es pues precioso".

EJEMPLO:

Si tú no nos dices todo, feo nos dices nada.

Frases éstas *vacías*, según Marouzeau, y hasta podría decirse "llenas de nada".

"Con más razón -sigue este autor-, las palabras accesorias resultan embarazosas si son muy largas. Así, las palabras y locuciones como: *consecuentemente, no obstante, de manera que, dado que, a medida que, en consideración a, independientemente de lo que...* "

PALABRAS VACÍAS Y PALABRAS LLENAS

Para Marouzeau hay palabras vacías de significado hasta el punto de que sólo son instrumentos gramaticales. Un enunciado dice- en el que predominan las palabras vacías produce una impresión de vulgaridad, de indigencia.

EJEMPLO

Sea lo *que sea* y lo *que se diga de lo que se piensa*.

Por el contrario, la abundancia de "palabras de valor presta a la frase una densidad considerada como uno de los elementos del buen estilo". Sin embargo tal densidad "puede ser también fatigosa y difícil de sostener mucho tiempo", ya que exige por parte del lector una verdadera tensión espiritual.

Y se cita, como ejemplo, el siguiente enunciado de Pascal:

"Una *nada* respecto del *infinito*, un *todo* respecto de la *nada*, un *término medio*, entre *nada* y *todo*."

Dicho de otro modo: que la excesiva densidad puede resultar indigesta, como lo sería una comida a base de platos fuertes.

El lector puede encontrar ejemplos de este estilo indigesto, por demasiado denso, en algunos filósofos para los que escribir es *apretar* de tal modo el pensamiento, en palabras y frases tan densamente significativas, que la lectura se transforma en ejercicio análogo al que se realiza para desentrañar el sentido de una fórmula matemática.

PALABRAS "ALFILERES"

Albert Dauzat ("Le génie de la langue française") acepta la denominación de "alfileres" para aquellas partes de la oración que Marouzeau llama términos gramaticales. "Es *alfiler* -escribe Dauzat- todo lo que se une a una palabra -verbo, sustantivo y hasta adjetivo- para determinarla o calificarla. *Alfiler* el adverbio, cuando deja de ser independiente, para modificar el sentido del verbo o del adjetivo (*muy grande*, comer *bien*); *alfiler* el adjetivo desde el momento en que se une al nombre cualificado (*hermosos niños*); *alfiler* la partícula, artículo, demostrativo, pronombre introductorio... que ofrece el mínimo de autonomía y el máximo de dependencia". (Ob. cit. página 263).

AMBIGÜEDAD DE LAS PALABRAS

Finalmente, y desde el punto de vista lógico, hay que llamar la atención sobre el problema de la ambigüedad de las palabras. Como dice Jevons (1) "son pocos los términos que tienen un sentido claro y un solo significado... Cuanto más se estudian las sutiles diferencias y matices en el significado de las palabras, más se convence uno de la peligrosa cualidad de los instrumentos de que nos valemos para razonar y comunicarnos con los demás".

Se recuerda la división de los términos en *unívocos* y *equívocos* o *ambiguos*. *Unívocos* "cuando sólo sugieren a la mente un solo y definido significado". Así, la palabra *catedral* no es término ambiguo puesto que se aplica a todas las iglesias *catedrales* con un solo sentido lógico.

En cambio *iglesia* es palabra *equívoca* "porque unas veces significa el edificio en que se celebra el culto religioso, y otras, el conjunto de personas que pertenecen a una misma religión o secta, y se reúnen en iglesias".

"Por numerosos que sean los términos unívocos que podamos mencionar -dice Jevons-, es incomparablemente mayor el número de términos equívocos. Estos comprenden la mayor parte de los nombres y adjetivos que empleamos en los usos corrientes de la vida".

"El grupo más extenso de los términos equívocos lo constituyen aquellas palabras que han *transferido el significado*, de la cosa que originariamente expresaban a otra cosa relacionada con aquélla, de tal manera que aparecen ligadas estrechamente en el pensamiento".

Ejemplo de palabra que ha transferido su significado lo tenemos en el vocablo *pie*. Originalmente significó el pie de un hombre o de un animal (derivada del latín *pes*, *pedis*). Luego, por analogía, se extendió al *pie de la montaña*, a los *pies de las fotografías* -en la jerga periodística-. Y la misma palabra sirve para diferenciar las tropas *de a pie*, como la infantería, de las tropas motorizadas. Y también para designar la medida de un verso (*versos de pie quebrado*).

En resumen, la ambigüedad de los términos ha de ser tenida muy en cuenta al escribir para evitar posibles confusiones de sentido; para procurar siempre que cada palabra sea utilizada según la significación precisa dentro del contexto.

NOTA DE LA XIV EDICIÓN

LA PALABRA Y LAS NUEVAS UNIDADES LINGÜISTICAS

Las modernas gramáticas estructuralistas someten la palabra a una original disección, de donde resultan nuevas unidades lingüísticas, cuales son: el *monema*, el *morfema* y el *semantema* o *lexema*.

El monema es la unidad mínima del análisis morfológico.

El morfema es el elemento lingüístico o parte de la palabra desprovista de significación y que sirve para relacionar a los elementos significativos de la palabra (semantemas).

El *semantema* o *lexema* es el elemento de la palabra portador de significación:

En la siguiente oración:

Juan estudia normalmente en su casa.

Los monemas son: *Juan, estudi, -a, normal, -mente, en, su, casa*; *los morfemas*: *-a, -mente, en y su*; y *los semantemas* o *lexemas* serían: *Juan, estudi, normal, casa*.

Estas nuevas unidades lingüísticas, de indudable valor para la investigación gramatical, carecen, a nuestro juicio, de valor práctico a la hora de redactar. El escritor se enfrenta con ideas, con sensaciones, con vivencias, con fenómenos o cosas externos que traslada al papel mediante palabras, frases, oraciones, períodos o cláusulas.

No se escribe con morfemas ni semantemas: se escribe con palabras, frases y oraciones. La verdadera unidad real del lenguaje para el escritor es la palabra en la frase. Y la frase en el contexto expresivo.